

PURO TEATRO_ Babelia/El País
Marcos Ordóñez.

Los hijos de Kennedy (Kennedy's Children, 1974), de Robert Patrick, nacida en el *off off Broadway*, fue uno de los éxitos del teatro español de la transición: se estrenó en el Bellas Artes en 1977, donde permaneció medio año en cartel, y giró los dos años siguientes por España y Sudamérica, con Gemma Cuervo, Marisa de Leza y María Luisa Merlo encabezando el reparto. Dirigía Ángel García Moreno y un joven José María Pou firmaba la traducción y adaptación. Casi cuarenta años después, Pou la ha puesto en escena en el Alcázar/Cofidis de Madrid, donde está llenando desde hace varias semanas. “El sueño ha terminado”, la excesiva sentencia de Lennon, bien pudiera ser el lema de este oratorio por el fin de los ideales de los sesenta, que transcurre en un bar espectral del East Village neoyorquino, durante una tormenta. El montaje comienza con el eco retumbante de los disparos que acabaron con JFK, seguidos por el himno americano en la electrizada versión de Hendrix. Cinco solitarios. Cinco monólogos: se dirigen al público pero no hablan entre sí. Los textos tienen un interés muy desigual. Comprendo su atractivo en 1977, porque algunos de sus temas eran un tanto arcanos para nosotros, pero el tiempo no ha pasado en vano.

También es dispar su enjundia dramática. Poco vuelo tiene, a mi juicio, el monólogo de Wanda (Emma Suárez), una fan fatal de Kennedy, al que ha elevado a los altares, y poco a poco va revelando un trasfondo derechista. No ayuda que una actriz de su calidad se instale (y que Pou se lo permita) en un registro monocorde, demasiado cercano a las caricaturas de señorita de clase alta que abundaban en el teatro independiente de los setenta. Alex García es un joven actor con fuerza y empeño, pero poco puede hacer con el soliloquio del soldado Mark, que escribe a su madre desde Vietnam: “Quiero contarte lo que nadie contó. Ahora sé qué es la guerra”, aunque no nos cuenta nada que no sepamos ya por *Apocalypse Now* o por las crónicas de Michael Herr, para

citar solo dos ejemplos.

Fernando Cayo defiende con toda su energía el rol, un tanto fatigoso, de Sparger, actor gay (facción reinaza) que rememora, entre la pasión y el sarcasmo, la locura creativa y los excesos de la escena *underground* : su gran momento es la evocación de sus inicios en el teatro del desafortunado Buffo. Los dos mejores papeles son, para mi gusto, el de Rona, una sobria y emotiva crónica del movimiento hippie y la lucha por los derechos civiles, que Ariadna Gil interpreta con sostenida verdad y creciente indignación, y el de Carla, una desencantada aspirante a actriz que, como tantas otras, creyó que iba a ser la nueva Marilyn (y que debía haber encaminado sus pasos hacia la factoría de Warhol): Maribel Verdú sirve muy bien el personaje, con su habitual viveza comunicativa, y brilla cuando canta, como un pájaro roto, un conmovedor *Happy Birthday, mr. President*.

La puesta en escena está muy cuidada y hay que destacar el espacio sonoro de Isabel Montero, repleto de temas clave de la época; la escenografía y vestuario de Ana Garay, y la selección de filmaciones a cargo de Álvaro Luna.
